

San Andrés de lo alto de la cruz, dejadme, dejad que termine para mí esta vida miserable, pues de aquí pasaré a unirme a mi Dios» (1). San Lorenzo hallábase tendido sobre unas parrillas de hierro, y las llamas, que un día perdonaron a los tres jóvenes en el horno de Babilonia, le abrasan cruelmente. Está ya asado de un lado, y, por todo refrigerio, pide que le vuelvan para quedar asado del otro; a fin de que en el cielo sean igualmente gloriosas todas las partes de su cuerpo. No hay duda, H. M., que este ejemplo es un milagro de la gracia, la cual es omnipotente en aquel que ama a Dios. Mas ved a Santa Paula. Dicha matrona romana sufría horrendas torturas a causa de un violento dolor que sentía en el estómago; y prefirió morir a beber una gota de vino que le ofrecían (2). San Gregorio nos refiere el rasgo de un pobre, pero célebre mendigo, parálítico desde muchos años, por cuya causa no podía ni menearse en la cama en que se acostaba, sufriendo por tal motivo tremendos dolores; sin embargo, no cesó ni un momento de bendecir a Dios, y murió cantando sus alabanzas.

¡ Ah !, dice San Agustín, ¡ cuán consolador morir con la conciencia tranquila ! La paz del alma y la tranquilidad del corazón son los más preciosos dones que alcanzar podemos, nos dice el Espíritu Santo; no hay placer comparable a la alegría del corazón (3). El justo, dice el mismo Doctor, no teme la muerte, puesto que ella va a unirle con su Dios y ponerle en posesión de toda suerte de delicias. Mirad la alegría de que dan muestras los santos al caminar hacia la muerte... Ved, nos dice San Juan Crisóstomo, la intrepidez y alegría con que San Pablo se dirige a Jerusalén, sabiendo los malos tratamientos que allí le aguardan : « Ya sé que

(1) Ribadeneyra, 30 noviembre.

(2) Ibid., 26 enero.

(3) Non est oblectamentum super cordis gaudium (Eccli., XXX, 16).

sólo hay para mí tribulaciones y cadenas; ya sé las persecuciones y los daños que allí deberé sufrir; pero no importa, nada temo, pues estoy persuadido de que sirvo a un dueño que no ha de abandonarme. El mismo Jesucristo es mi fiador y mi garantía». Y viendo llorar a sus discípulos, el Apóstol añadía: «¿Qué hacéis, por qué lloráis; por qué queréis afligir mi corazón? Habéis de saber que estoy dispuesto no solamente a dejarme prender, sino también a morir en Jerusalén en nombre del Señor» (1). No estamos ciertos, es verdad, de vivir como San Pablo en amistad del Señor; sin embargo, aunque pecadores, si hemos confesado nuestras culpas con arrepentimiento sincero, y procuramos satisfacer cuanto nos sea posible a la divina justicia mediante la oración y la penitencia, y sobre todo, si a un vivo dolor de los pecados añadimos un ardiente amor a Dios, podemos tener confianza: nuestros pecados habrán quedado ahogados en la preciosa sangre de Jesucristo, cual el ejército de Faraón en el mar Rojo. H. M., sobre el Calvario había tres cruces: la de Jesucristo, que era la cruz de la inocencia, a la cual no podemos aspirar, pues somos pecadores; la cruz del buen ladrón, o sea la cruz de la penitencia: y ésta debe ser la nuestra. Imitemos al buen ladrón, que aprovechó los últimos momentos de su vida para arrepentirse, y desde su cruz subió al cielo. Jesucristo se lo prometió: «Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso» (2). La tercera cruz es la del mal ladrón; dejémosla para aquellos pecadores que quieren morir en pecado... Mas nosotros, H. M., no tenemos más que quererlo para pertenecer al número de los que logran buena muerte.

Al morir, todo nos abandona: bienes, parientes y

(1) Act., XX.

(2) Hodie mecum eris in Paradiso (Luc., XXIII, 43).

amigos ; mas esto, que para el pecador es un suplicio, constituye una gran alegría para el justo. Decidme, ¿qué pesar podrá experimentar un buen cristiano en su última hora ? ¿Podrá echar de menos los bienes y riquezas que durante toda su vida despreció ? ¿sentirá la separación de su cuerpo ? Lo tiene como el más cruel enemigo, el cual repetidas veces le puso en peligro de perder el alma. ¿Serán los placeres del mundo lo que le sabrá mal dejar ? Ciertamente que no, pues pasó su vida gimiendo, llorando y haciendo penitencia. No, H. M., nada de esto le sabe mal dejar. La muerte no hace más que separarle de lo que siempre odió y despreció : a saber, el pecado, el mundo y los placeres. Al marcharse, llévase consigo todo cuanto amó con mayor dilección : sus virtudes, sus buenas obras ; abandona toda suerte de miserias, para ir a tomar posesión de inapreciables riquezas ; deja la lucha, para ir a disfrutar de la paz ; deja un enemigo cruel, el demonio, para descansar en el seno del mejor de todos los padres. Sí, sus buenas obras le conducen triunfante delante de Dios, que se le presenta, no como un juez, sino como un tierno amigo, quien, después de haberse compadecido de sus sufrimientos, no desea más que recompensarle.

Nos enseña el profeta Isaías que nuestras buenas obras irán a suplicar por nosotros ante la bondad de Dios, nos abrirán la puerta del paraíso, y nos señalarán la morada que en el cielo nos está destinada. Es una verdad innegable que nuestras buenas obras nos acompañarán. Ved un hermoso ejemplo del piadoso rey Ezequías. El Espíritu Santo nos presenta a aquel rey adornado de todos los méritos del varón justo. Conságrase de todo corazón a la práctica de las buenas obras, su intención es pura, el motivo de todas sus acciones es únicamente agradar a Dios. Observa fielmente, y con gran respeto, las ceremonias todas de la ley. Mas ¿qué le sucedió ? Durante su vida, el éxito acompañó

siempre a sus empresas. Pero, a la hora de la muerte, su magnificencia y sus riquezas todas, que eran muy grandes, le dejaron; sus más fieles súbditos viéronse forzados a abandonarle; al paso que sus buenas obras continuaron acompañándole. En virtud de ellas, implora de Dios el perdón: «Os suplico, Señor, os acordéis de que siempre anduve delante de Vos con un corazón recto y puro; siempre deseé lo que creí os podría ser más agradable» (1). Tal es, H. M., el dichoso fin de aquel que en su vida sólo procuró practicar rectamente todos sus actos, con el designio de agradar solamente a Dios. «¡Felices, dice San Juan, los que mueren en el Señor, pues sus obras los acompañarán!» (2). Sí, H. H., nos llevaremos cuanto estimamos más precioso; los bienes perecederos los dejaremos acá en la tierra, y nos seguirá lo que debe durar eternamente. Al solitario le acompañará su silencio, su retiro y sus oraciones todas; al religioso le acompañarán las maceraciones de su cuerpo, sus ayunos y sus abstinencias; al sacerdote, todos sus trabajos apostólicos: allí verá las almas por él convertidas, las cuales constituirán su recompensa y su gloria; el fiel cristiano volverá a hallar sus buenas confesiones y comuniones, y todas las virtudes por él practicadas. ¡Dichosa muerte, H. M., la del justo! Escuchad a Isaías: «Decid al justo que es feliz, pues recogerá el fruto de sus obras» (3).

Habréis, pues, de convenir en que la muerte del justo es muy preciosa a los ojos de los hombres; cuando el sacerdote le visite al hallarse moribundo, su sola presencia le confirmará en la fe y en la esperanza; si se le habla de Dios y de sus gracias, al momento se infla-

(1) Is., XXXVIII, 3.

(2) *Beati qui in Domino moriuntur... Opera enim illorum sequuntur illos* (Apoc., XIV, 13).

(3) *Dicite iusto quoniam bene, quoniam fructum adinventio-
nunarum comedet* (Is., III, 10).

mará su amor cual un horno ardiendo; si se le habla de los últimos sacramentos, cosa que llena de temor y espanto al pecador, se siente inundado por un torrente de delicias, pues su Dios va a entrar en su corazón para llevárselo al paraíso. Refiere San Gregorio que Santa Tarsila, estando a punto de morir, exclamó, enajenada: «¡ Ah! ¡ he aquí a mi Dios! ¡ he aquí a mi esposo!», y expiró en un arrebató de amor. Ved también a San Nicolás de Tolentino (1). Durante los últimos ocho días de su enfermedad, cuando había recibido el cuerpo precioso de Jesús, oíase a los ángeles cantar en su habitación; y una vez aquellos cánticos hubieron cesado, murió: los ángeles lleváronse consigo al cielo. ¡ Muerte feliz la del justo!... Aparecióse Santa Teresa radiante de gloria a una religiosa de su Orden, y le aseguró que Jesús estaba presente a su muerte y había conducido al cielo su alma. ¡ Feliz el alma que en la hora de su muerte puede ser asistida por el mismo Jesucristo!... ¡ Cuán dulce y consolador es morir en la amistad de Dios!... ¿ No es esta la primera recompensa del bien que en esta vida haya podido hacerse?

II. — Ya sé, H. M., que todos deseamos tener una buena muerte; mas no basta desearlo, es preciso además trabajar por merecer esa gracia. ¿ Queréis saber lo que puede procurarnos tan inapreciable bien? Vedlo aquí en pocas palabras. Entre los diferentes medios que podemos adoptar para bien morir, voy a escoger tres, los cuales, con la gracia de Dios, nos llevarán infaliblemente a tener buena muerte. Para ello debemos prepararnos: 1.º con una santa vida; 2.º mediante una verdadera penitencia, si tuvimos la desgracia de pecar; 3.º con una plena conformidad de nuestra muerte con la de Jesucristo.

(1) Ribadeneira, 10 septiembre.

Por lo común se muere como se ha vivido : es ésta una de aquellas grandes verdades que la Sagrada Escritura y los Santos Padres nos afirman en muchos lugares. Si vivís como buenos cristianos, tened por seguro que moriréis como buenos cristianos ; mas si vivís mal, tened por cierto que será mala vuestra muerte. Dice el profeta Isaías : «Ay del impío, que sólo piensa en obrar mal, pues será tratado cual merece : a su muerte recibirá la paga de la obra de sus manos» (1). Ciertamente que a veces, en virtud de lo que podríamos llamar milagro, puédese comenzar mal y acabar bien ; pero esto acontece tan raras veces, que San Jerónimo no vacila en afirmar que la muerte es el eco de la vida ; ¿creéis entonces retornar a Dios ? no, pereceréis en el mal.

Mas si, movidos del arrepentimiento, comenzáis a vivir cristianamente, seréis entonces del número de aquellos pecadores que enternecen el corazón de Dios y ganan su amistad. Aunque menos ricos en méritos, no dejan empero de ir al cielo, y de ellos se sirve Dios precisamente para ostentar su misericordia. Nos dice el Espíritu Santo : «Si tenéis un amigo, hacedle bien antes de morir» (2). Pues bien, H. M., ¿podemos tener mejor amigo que nuestra alma ? ¡ Hagamos, pues, por ella cuanto podamos ; de lo contrario corremos el peligro de que, cuando queramos favorecerla, no nos sea ya posible !... La vida es corta. Si aplazáis vuestra conversión para la hora de la muerte, sois víctimas de una lamentable ceguera ; ya que no sabéis ni el momento ni el lugar donde moriréis, ni si tendréis a mano el conveniente auxilio. ¿Quién sabe si esta misma noche iréis a comparecer, llenos de pecados, ante el tribunal de Jesucristo ?... No, H. M., no es esto lo que debéis hacer ;

(1) *Vae impio in malum : retributio enim manuum eius fiet ei* (Is., III, 11).

(2) *Eccli., XIV, 13.*

debéis purificar vuestra conciencia y manteneros constantemente en estado de poder comparecer ante vuestro Juez. Aquí tenéis un ejemplo que os mostrará cómo aquel que retarda de día en día el retorno a Dios, muere como ha vivido. El cardenal Pedro Damián nos refiere que un religioso había pasado la mayor parte de su vida en rencillas y disputas con sus hermanos. Estando ya en el lecho de muerte, sus hermanos le incitaron a confesar sus pecados, pedir de ellos perdón a Dios y hacer penitencia, con firme propósito de no recaer, caso de sanar. No pudieron sacarle palabra alguna. Pero, pasado algún tiempo, volvió a hablar, y ¿sabéis de qué? ¡ay! de todo cuanto había sido asunto de sus conversaciones durante su vida : de procesos y otros negocios humanos. Sus hermanos le rogaron que atendiese al alma ; todo fué inútil, volvió a dormirse y murió así, sin dar la menor señal de arrepentimiento. Sí, H. M., cual la vida, tal la muerte. No esperéis un milagro de Dios, pues éstos acontecen raras veces ; si vivís en pecado, moriréis en pecado.

Abundan los ejemplos que nos prueban que, después de una vida mala, no podemos esperar una buena muerte. Leemos en la Sagrada Escritura (1) que Abimelech, príncipe fiero y orgulloso, apropióse un reino que debía dividirse entre sus hermanos, a los cuales dió muerte a fin de reinar solo. Un día, atacando una plaza, los sitiados se refugiaron en una torre, y él se acercó a ella para pegar fuego a sus puertas. Una mujer que le vió de lo alto de la muralla, arrojóle una piedra que le abrió la cabeza. Aquel desgraciado, al sentirse herido, llamó a su escudero y le dijo : «Saca tu espada y atraviesa con ella mi cuerpo... Mátame pronto, a fin de evitarme la vergüenza de haber sido muerto por una mujer». ¿No os extraña este proceder, H. M. ? ¿Acaso

(1) Iudic., IX.

era el primer príncipe que había caído herido? ¿Por qué quiere, pues, que su escudero le mate? ¡Ay! ¡es que toda su vida fué un ambicioso!... Saúl acababa de empeñar batalla con los Amalecitas, y la suerte de sus armas era muy incierta; vióse perdido, pues estaba ya herido, y veía al ejército enemigo dispuesto a caer sobre él. Entonces apoyóse sobre la punta de su espada; mas, viendo venir tras sí a un soldado, le dijo: «Ven aquí, amigo, ¿quién eres tú?» — «Un amalecita». — «Pues bien, hazme un favor: arrójate sobre mí y mátame, pues estoy lleno de dolor, y me cuesta morir; acaba con mi vida» (1). Y ¿por qué, H. M., ese miserable quiere morir de manos de un amalecita? ¿Por ventura era el único príncipe que había perdido una batalla? No os extrañe el caso, nos responden los Santos Padres, pues se trata de un príncipe que durante su vida se había entregado al vicio, se había dejado dominar por la envidia, la avaricia y toda suerte de pasiones. ¿Por qué muere de una manera tan vergonzosa? Pues porque vivió mal. Todo el mundo sabe que Absalón fué durante toda su vida rebelde y desobediente a su padre. Cuando sonó la hora de su muerte, señalada por Dios desde la eternidad, al pasar montado en su caballo debajo de un árbol, quedó suspendido por los cabellos. Viéndole Joab, le atravesó el cuerpo con tres flechas (2). ¿De dónde proviene, H. M., el desgraciado fin de ese príncipe sino de que durante toda su vida había sido un mal hijo? Murió de esta manera por haber vivido mal.

Ya veis, pues, claramente, H. M., que, si queremos tener buena muerte, es necesario llevar una vida cristiana y hacer penitencia de los pecados; debemos excitar en nosotros, con la gracia de Dios, una humildad profunda en un corazón lleno de remordimientos por

(1) I Reg., XXXI. (No es del todo exacto el relato de la muerte de Saúl).

(2) II Reg., XVIII.

haber ofendido a un Señor tan bueno. Pero el tercer medio adecuado para prepararnos a bien morir, es conformar nuestra muerte con la de Jesucristo. Cuando se lleva el Viático a un enfermo, va también la cruz; y no es solamente para ahuyentar al demonio, sino principalmente para que el Redentor crucificado sirva de modelo al moribundo, y a fin de que, poniendo los ojos en la imagen de un Dios crucificado por su salvación, se prepare a morir como se preparó Jesús. Lo primero que hizo Jesús antes de morir fué separarse de sus apóstoles; lo mismo debe hacer un enfermo, o sea, separarse del mundo y deshacerse en lo posible de las personas que le son más queridas, para ocuparse solamente en Dios y en la salvación de su alma. Jesús, al ver cercana la hora de la muerte, postróse, la faz en tierra, en el huerto de los Olivos, orando con insistencia (1). Esto es lo que debe hacer el enfermo al verse cercano a la muerte: orar con fervor, y en su agonía unirse en espíritu a la agonía del Salvador. El enfermo que quiere convertir su mal en cosa meritoria, debe aceptar la muerte con alegría, o a lo menos con una gran sumisión a la voluntad de su Padre celestial, pensando que, para alcanzar nuestra suma felicidad, o sea para ir a gozar de Dios, es absolutamente indispensable morir. Dice San Agustín que aquel que no quiere morir, lleva consigo la señal de reprobación. ¡Oh! H. M., ¡cuán dichoso es en aquel postrer momento el cristiano que siempre vivió bien! ¡Abandona todas las miserias, para entrar en posesión de toda suerte de bienes!... ¡Dichosa separación! ¡Ella nos une a nuestro sumo bien: el mismo Dios!... Esto es lo que os deseo.

(1) Matth., XXVI, 39.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Domingo noveno después de Pentecostés. — Sobre las lágrimas de Jesucristo	I
Décimo domingo después de Pentecostés. — Sobre el orgullo	25
Domingo undécimo después de Pentecostés. — Sobre el juicio temerario	46
Domingo duodécimo después de Pentecostés. — Sobre el primer precepto del Decálogo	67
Fiesta de la Asunción de la Virgen Santísima. — Sobre las grandezas de María	92
Domingo décimotercero después de Pentecostés. — Sobre la absolución	109
Domingo décimocuarto después de Pentecostes. — Sobre el servicio de Dios	130
Domingo décimoquinto después de Pentecostés. — Sobre el pensamiento de la muerte	152
Domingo décimosexto después de Pentecostés. — Sobre la humildad.	174
Domingo décimoséptimo después de Pentecostés. — Sobre la pureza	192
Domingo décimoctavo después de Pentecostés. — Sobre la tibieza	213
Domingo décimonono después de Pentecostés. — Sobre la impureza	232
Domingo vigésimo después de Pentecostés. — Deberes de los padres para con sus hijos.	252
Domingo vigésimoprimer después de Pentecostés. — Sobre la ira	273
Domingo vigésimosegundo después de Pentecostés. — Sobre la restitución	294
Domingo vigésimotercero después de Pentecostés. — Sobre la muerte del justo	313